

así como sus particularidades en la historia del vampiro. Finalmente, la monografía se concluye con una extensa bibliografía (p. 695-739) y un muy útil índice onomástico y topográfico (p. 741-53).

Historias del vampiro griego es un estudio completísimo e imprescindible para adentrarnos en el fenómeno vampírico que, durante un tiempo, fue capaz de aterrizar Europa como un ente real, lejos de la literatura, el teatro y el séptimo arte. Para

toda persona interesada o especialista ya sea en los vampiros, en la literatura fantástica, en la antropología o en el helenismo, este volumen resulta fundamental, enriquecedor y utilísimo.

Agustín Justicia Lara

Universitat Autònoma de Barcelona



DUPLÁ, Antonio; DELL'ELICINE, Eleonora y PÉREZ MOSTAZO, Jonatan (eds.)
Antigüedad clásica y naciones modernas en el Viejo y el Nuevo Mundo
 Madrid: Ediciones Polifemo, 2018, 362 p.
 ISBN 978-84-16335-47-3

Los estudios sobre la influencia de la Edad Antigua —sus valores, instituciones y legado— en la construcción de realidades modernas cuentan hoy con una relevante adquisición. El libro *Antigüedad clásica y naciones modernas en el Viejo y el Nuevo Mundo*, editado por tres especialistas en historia antigua y estudios clásicos y con la participación de catorce autores, reúne un elenco de trece contribuciones agrupadas por el empeño de reflejar cómo la cultura clásica ha condicionado las realidades contemporáneas y ha servido a la vez como fuente de inspiración, cohesión y manipulación de las sociedades posteriores.

Formalmente, la obra se divide en dos partes en función del entorno geográfico al que hace referencia: nueve capítulos centrados en la realidad europea —de los cuales cinco responden a temáticas eminentemente españolas— y cuatro capítulos más en los que se desarrolla la relación (menos evidente *a priori*) entre América y la Antigüedad. Este amplio abanico de realidades se pone aún más de manifiesto si se consideran las temáticas tratadas: desde el uso de la arqueología hasta las litografías de la casa Liebig, pasando por los juegos de mesa y la construcción —tanto simbólica como constitucional— de naciones políticas.

A pesar de tanta diversidad, el lector observará que el libro resiste en todo momento la tentación de convertirse en una mera recopilación de casos inconexos, en parte gracias a la disciplina de los autores para dar respuesta en todas sus aportaciones a algunos elementos comunes y en parte también por la labor del profesor Álvarez Junco (p. 19-30) en un prólogo que plantea la omnipresencia del nacionalismo en la contemporaneidad como una ideología multiforme —secesionista, anexionista, militarista, tradicionalista o modernizadora dependiendo del lugar y del momento— que bebe de la legitimidad clásica y que, a pesar del desprestigio que experimentó después de la II Guerra Mundial, sigue desempeñando un papel clave en la realidad social, política y cultural de nuestro mundo.

Las reflexiones sobre el nacionalismo son a la vez introductorias y contextualizadoras, puesto que en todos los apartados pueden encontrarse elementos que hacen referencia a la formación o al desarrollo de identidades que —al menos *lato sensu*— pueden calificarse de nacionales. Así, el estudio de Antonio Duplá (p. 31-54) sobre la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País en el siglo XVIII ilustra cómo, en un País Vasco todavía pre-nacionalista, el

mundo clásico podía ser usado para enfatizar el nivel cultural de sus miembros sin que se dedujesen de ello referencias nostálgicas —la idea de progreso era al fin y al cabo demasiado imperante— ni contradicciones entre la lealtad al rey y la reivindicación de las particularidades regionales.

Dicho discurso cambió a lo largo del siglo XIX, como las alusiones a Viriato y a Aníbal en el Congreso de los Diputados, analizadas por Pilar Iguácel y Pepa Castillo (p. 101-26), ilustran bien. En este caso, las referencias contenían un componente nostálgico hacia la gloria pasada de España que realizaba la figura de Viriato, a pesar de que en alguna ocasión su valor se contrapusiera negativamente ante la profundidad estratégica de Aníbal.

Jordi Cortadella (p. 55-74) aporta algunas claves de los motivos de esta transformación en el discurso al apuntar la frustración de la burguesía por su incapacidad de dominar la política española al modo de potencias más industrializadas, con una especial atención a la realidad catalana y al contraste entre los proyectos —ambos descentralizadores a su manera— de Pi y Margall y de Torras i Bages. Por su parte, Ignacio Peiró (p. 127-54) expone la otra cara de la realidad política española del momento: una concepción excluyente y restringida del ser de España que tenía una larga trayectoria histórica (1492 y 1610 se apuntan como ejemplos por antonomasia) y que se manifestó de nuevo en 1939, circunstancia en la que pone especial atención al rol que ejercieron las cátedras universitarias de Historia Antigua y que compara con las realidades análogas de Alemania e Italia en aquellos años.

Si hasta aquí la vinculación con la Antigüedad se había tratado desde planteamientos mayormente epistemológicos, culturales o retóricos, no podía faltar en una obra de este tipo un análisis desde la óptica de la arqueología, ciencia que adquiriría a la sazón un papel cada vez más preeminente. Gloria Mora (p. 75-100) detalla este proceso con un concienzudo estudio del tratamiento

de los *vetera vestigia* a lo largo del tiempo, caracterizado por una atención mayor a la dinámica de implicación estatal que condujo a la elaboración de los Monumentos Arquitectónicos y del Catálogo Monumental de España, mientras que Grégory Reimond (p. 155-82) trabaja el asunto con unos apuntes biográficos sobre Pierre Paris —cuya trayectoria sigue estando negligida por la historiografía— y lo muestra como un arqueólogo y pionero modelo, tanto en el campo helénico como en el hispánico, aunque incapaz de despojarse de algunos de los vicios de la historiografía del siglo XIX: el racialismo, la concepción evolucionista extrema o el desdén por las influencias orientales.

Si Reimond muestra las limitaciones historiográficas del momento mediante un estudio biográfico, Martin Lindner (p. 183-210) y Marta García Morcillo (p. 227-56) lo hacen desde otras perspectivas, como son los juegos culturales de época y su relación con el mundo clásico, en el primer caso, y la evolución y las características de las litografías de la Casa Liebig, en el segundo. Ambos llegan independientemente, sin embargo, a la conclusión de que los objetivos didácticos pasaban por encima de las pretensiones meramente nacionalistas, sobre todo cuando sus respectivos campos de estudio se comparan con las equivalencias de la dramática primera mitad del siglo XX.

Richard Hingley (p. 211-26) plantea, por su parte, el uso de estas mismas referencias clásicas en pro de la nacionalización en el Reino Unido y demuestra, como anticipara Álvarez Junco en el prólogo, hasta qué punto la utilización es general, plural y hasta contradictoria. Así, el profesor expone cómo la existencia de una porción del territorio con un pasado romano frente a otra que nunca estuvo sujeta a dicha dominación se usó para crear diferencias —para realzar la cultura superior de los sureños o la pureza indómita de los norteños, según conviviese— en un territorio que usualmente los británicos terminaban en el muro de Adriano, mientras que algunos escoceses del sur

querían extender hasta el muro antonino. Más allá de esta cuestión, los mitos de la Antigüedad británica, como el de la resistente Boudica, eran de dominio público en el siglo XIX y se usaron con fines tan dispares como la legitimación de la realidad victoriana o la reivindicación del sufragio femenino.

En medio de un uso tan omnipresente de la cuestión clásica, la realidad imperialista de la Inglaterra decimonónica no podía quedarse al margen, y fue frecuente la comparación con la colonización romana para argumentar ante la ciudadanía la necesidad de dominar y de civilizar a otros pueblos vistos como inferiores en la cadena evolutiva. Esta realidad, que Hingley analiza para Inglaterra desde la perspectiva metropolitana, es trabajada en la segunda parte del libro desde el otro punto de vista: el de los moradores de los imperios coloniales español e inglés en América, tanto antes como durante y después de las independencias.

En lo que se refiere al imperio inglés, y más específicamente a la fundación de los Estados Unidos de América, el artículo de Clelia Martínez Maza (p. 257-78) se centra en el esfuerzo de los padres fundadores para dotar al país de un régimen equilibrado, representativo y duradero mediante la experiencia del mundo clásico, que era visto como un modelo de éxito suficientemente alejado de las realidades contemporáneas como para analizarlo con perspectiva histórica y corregir sus errores. En este sentido, la idea de Polibio de optar por un gobierno mixto en lugar de los modelos puros —y fácilmente degenerantes— que había descrito Aristóteles no solamente estaba presente desde un plano teórico o general, sino que en las reuniones constitucionales se sacaba a colación para discutir los aspectos menores, de manera que para argumentar en favor de la igualdad de votos de los Estados en el Congreso sus partidarios se referían a la liga licia y a la anficiónía de Delfos y comparaban los grandes Estados —Virginia, Massachusetts y Pennsylvania— con las viejas *póleis* de Atenas, Esparta y Tebas.

Algo mayor aún es, sin embargo, la atención prestada a los territorios americanos del Imperio español. Ricardo del Molino (p. 301-22) formula el tratamiento de la Antigüedad clásica en la Nueva Granada del último tercio del siglo XVIII, un momento convulso por la expulsión de los jesuitas y la progresiva estructuración de una red protonacional que habría de manifestarse con fuerza en los primeros lustros de la siguiente centuria. Su artículo, como otros citados anteriormente, resalta la dualidad con la que lo clásico se recibía allí: por un lado, como un apoyo a la monarquía y a la dominación europea, y, por otro, como un posible caldo de cultivo de idearios republicanos que llevaron a la Administración a ejercer una estricta vigilancia de las actividades vinculadas con el clasicismo después de 1794.

José M. Portillo Valdés (p. 279-300) analiza, con un espectro geográfico más amplio, estas mismas transformaciones ya en el contexto de los movimientos independentistas de la segunda década del siglo XIX. Su artículo, que extiende el ámbito de análisis hasta la misma metrópolis con su análisis de la Constitución de 1812 y de las implicaciones del nacimiento de una nación española frente a la monarquía plurinacional que se había construido hasta el momento, es especialmente destacado por cuanto trata de otra Antigüedad: la historia precolombina, que, particularmente —pero en ningún caso de manera exclusiva— en Méjico, se utilizó para reivindicar la civilización y el pasado latinoamericanos y romper con los tratamientos inferiorizadores europeos, en una dinámica que se extendió a la mayoría de las repúblicas criollas decimonónicas.

Esta última cuestión plantea un importante reto historiográfico: el de la coexistencia de dos historias antiguas en los países latinoamericanos, particularmente en aquellos en que los testimonios arquitectónicos precolombinos hacían de su propia historia una realidad palpable y patente. Así, si Portillo Valdés evidencia la contradicción —mantenida a lo largo de todo el siglo XIX— entre

una reivindicación precolombina y una realidad civil y social que priorizaba lo europeo y el clasicismo mediterráneo, Eleonora Dell'Elicine (p. 323-38) hace lo propio con la construcción de la nación argentina en las décadas centrales de dicha centuria, y plantea —en una inspiradora referencia a la realidad europea— la analogía entre la ruptura cartesiana del modelo de *historia magistra vitae* y el cambio en los usos de la Antigüedad clásica en el discurso político que el romanticismo trajo al Río de la Plata, idea con la que se cierra el libro y que, por su fácil exportación a procesos de construcción nacional análogos, es apropiada como conclusión.

En definitiva, el lector encontrará en la obra un conjunto de aproximaciones versátiles y dotadas de un enfoque innovador

sobre la manifestación de la cultura clásica, en su sentido más amplio y diverso, en el mundo contemporáneo y particularmente en el llamado «largo siglo XIX». Tanto si es un recién llegado a dicha temática con deseos de adquirir una perspectiva general como si se trata de un académico interesado en explorar o profundizar en alguna de las líneas de investigación que se plantean, el libro editado por Antonio Duplá, Eleonora Dell'Elicine y Jonatan Pérez Mostazo resultará a buen seguro una referencia bibliográfica útil en los años venideros.

Adrià Fortet i Martínez

Universitat Autònoma de Barcelona

